



Artistas que tomaron parte en la velada conmemorativa del centenario. En lo alto el compositor Manuel Ponce y su esposa. A la derecha el violoncelista Rubén Montiel. El pianista Joaquín Amparán. Abajo el violinista Pedro Valdez Fraga.

Palabras del Director del Museo Nacional Lic. don Alfonso Toro

El Museo Nacional de Arqueología, Historia y Etnografía, en la imposibilidad de celebrar suntuosamente el primer siglo de su fundación, ha querido recordar esta fecha secular, aunque sea de una manera modesta, asociando a ella los nombres de dos esclarecidos varones que contribuyeron de una manera sobresaliente al progreso de las ciencias que cultiva nuestra institución. Es el primero el celeberrimo escritor Fray Bernardino de Sahagún, que recogió de los indios, a raíz de la conquista, sus pinturas, sus cantares, su historia, su ciencia y sus tradiciones, en una obra inmortal que desgraciadamente aun no ha sido publicada completa, a pesar de los esfuerzos del difunto arqueólogo mexicano D. Francisco del Paso y Troncoso. Esa obra enciclopédica, escrita en mexicano y español, como otra vez lo he demostrado, no sólo es fuente preciosísima de nuestra historia precortesiana, sino también un tratado completísimo de arqueología y etnografía, y un verdadero léxico de la lengua mexicana, de inapreciable valor para la filología.

No me detendré a narrar la vida del ilustre franciscano, que todos conocéis, y que ha dado asunto a los escritos de notables literatos; sólo quiero recordar, que quien como él todo lo sacrificó en aras de la ciencia y por ella tuvo tantos sinsabores, justo es que tenga aquí un lugar predilecto, pues más difícil es y más digno de loa el vencer los constantes obstáculos que a toda gran obra oponen los espíritus mezquinos, que el lanzarse a combatir en medio de los horrores de la guerra.

En cuanto a D. Lorenzo Boturini Benaducci, a quien se debe la formación del primer Museo de antigüedades mexicanas que hubo en el mundo, nada más justo que consagrarle este recuerdo.

Boturini, con un ardiente amor a la ciencia de que hay pocos ejemplos, sin ayuda oficial, emprendiendo largas caminatas, expuesto a las inclemencias del cielo y a las innumerables incomodidades de un viaje por tierras semi-salvajes, logró reunir, a costa de crecidísimos gastos y después de ocho años de fatigas, la colección quizá más valiosa, desde el punto de vista de su autenticidad y de su importancia como clave de nuestra oscura historia antigua, que haya existido hasta nuestros días.

Boturini después de residir en varias cortes de Europa, pasó a España de donde se trasladó a México, el año de 1735, al arreglo de algunos negocios de la condesa de Moctezuma. Una vez aquí, tomó interés por averiguar todo lo referente a la historia civil y eclesiástica de América, llegando a reu-

nir un magnífico museo histórico, cuyo catálogo imprimió juntamente con su libro "Idea de una Historia General de la América Septentrional." Ningún escritor europeo, hasta la fecha, ha logrado reunir tal cantidad de mapas, jeroglíficos y manuscritos indígenas, y muy pocos entre sus contemporáneos adelantaron a Boturini en el conocimiento de nuestras antigüedades. De la vastísima instrucción enciclopédica de nuestro anticuario, nos da buena prueba el Fiscal del Consejo de Indias Berrull, al decir "que, con su comercio y conversación llegó a fondear en él un singular ingenio, suma penetración, infatigable trabajo, atinado juicio y crítica bien fundada, un universal adorno de todas ciencias, no siendo en ninguna extraño, antes bien muy doméstico, así en las meramente matemáticas, como en las físico-matemáticas, naturales y morales: en ambas jurisprudencias, civil y canónica, y en todo género de erudición; pericia en las lenguas europeas, y últimamente en la estancia de nueve años en América, en las de aquel país"....

Quien sepa cuán parcas eran las autoridades españolas en elogios, y más tratándose de extranjeros, podrá dar todo su valor a las frases del Fiscal del Real Consejo de Indias.

Nadie, pues, estaba mejor preparado, en aquellos tiempos, como nuestro erudito, para la empresa de escribir la historia de México fundada en documentos auténticos, siquiera fuese con las preocupaciones del sistema histórico entonces en boga, que al tratar de las antigüedades y mitología de todos los pueblos gustaba de referirse a las historias de Grecia y Roma y a lo poquísimos que de Egipto se conocía. Desgraciadamente, un virrey suspicaz y poco ilustrado, el conde de Fuencalra, no conforme con mandar abrir una información sobre el asunto, ordenó se aprehendiera a Boturini el 4 de febrero de 1743, se incautó de sus papeles y manuscritos, y le mandó prisionero a España.

La inocencia de Boturini era tan patente, que no sólo consiguió que se le pusiera en libertad, sino que se le nombrara historiógrafo de Indias, y se le mandara devolver su museo. Desgraciadamente Boturini murió de allí a poco y sólo pudo escribir su "Idea de una Historia General de la América Septentrional," y el catálogo de su museo, todo ello valiéndose únicamente de su memoria privilegiada, sin tener a la vista libros ni apuntamientos. La humedad y el descuido acabaron con gran parte de los materiales reunidos por el sabio milanés, y apenas si una pequeña porción de ellos se ha descubierto en los últimos años en nuestra Biblioteca Nacional. Italia, cuna de la civilización moderna, lo fué también del insigne anticuario que a costa de grandes fatigas y trabajos, y con gasto del propio caudal, logró reunir los materiales dispersos de nuestra historia antigua, para demostrar que los antiguos mexicanos no eran el pueblo salvaje sin leyes, sin artes ni ciencias que la ignorancia ha pretendido.



El poeta Rafael López y el Lic. Alfonso Teja Zabre que tomaron parte en la vela-
da del Centenario del Museo.

Sr. Ignacio Cortés, autor del proyecto de medalla aprobado, y reproducción de
ésta.

